

LUNA LLENA

Es de noche. Una noche serena, algo fría, de primavera. En el cielo, apenas surcado por alguna leve nube, brilla espléndida la luna. Las estrellas se difuminan, casi desaparecen, envidiosas. El paisaje, iluminado por la mágica luz de la luna llena, adquiere un vago relieve, unos difusos contornos que le hacen parecer el decorado de el "Sueño de una noche de verano". La blanca cinta del camino se pierde en la tenue oscuridad. Por encima de los verdes olivares, suavemente mecidos por un fresco vientecillo, se percibe el resplandor, allá en el horizonte, de la ciudad. De vez en cuando se observa la luz de algún coche que se desliza por la próxima carretera.

La noche tiene una fascinante belleza. El círculo luminoso de la luna, con los dibujos sombreados de sus cráteres, tiene un atractivo especial que obliga a mirarla fija y persistentemente. Al cabo de un tiempo, vagando la mirada soñadora por el contorno, uno se pregunta de cuántos sucesos emocionantes, a lo largo de milenios, ha sido la luna mudo testigo, quizá cómplice involuntario; de cuántos distintos paisajes ha formado parte. Porque ella no es sólo ésta de aquí y de ahora, que nos hace soñar; es también aquélla que se reflejaba en la serenidad inmensa de un mar tranquilo, mientras escuchábamos una música remota, y la que se oscurecía al paso de negros nubarrones de tormenta, cuando huía-

mos agitados de un olvidado peligro, y la que asomaba por los altos picachos de la montaña, en tanto tiritábamos de frío y soledad, y la que se ocultaba, discreta, tras las nubes, para propiciar los besos y caricias de enamorados... Si, ella es una y varias, según la situación en que se contempla; pero es siempre bella, fascinadora y sugerente.